JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ, *Barra americana*, Barcelona, DVD Ediciones, 2011, 171 págs.

Del nombramiento *yanqui* y otras historias

Confieso el reto de escribir una reseña sobre *Barra americana*. Y reconozco, para empezar, lo inconveniente de iniciarla con esta mezcla de *captatio benevolentiae* y descargo a menor gloria de mí mismo. Pero es que, como ocurriera en la anterior ¿novela? de Javier García Rodríguez, *Mutatis mutandis*, el primero de los asuntos, y no menor, es definir qué hace este novelista travieso con la materia narrativa, cómo conduce al lector por un universo de niveles literarios –hechos sobre materiales demolidos, a veces, y otras tantas rehabilitados y embellecidos, pero siempre sacados de la mejor literatura–y cómo, al fin, *deconstruye* –término no exento de *coña* (y perdón por la licencia) en la particular concepción creativa de García Rodríguez– hasta la más acendrada de nuestras convicciones estéticas.

La excusa para este *viaje*, más filosófico –y filológico– que geográfico, es la estancia del narrador en un campus universitario americano, para más *inri* en Iowa, y el deambular que tal circunstancia biográfica le permite por las variadas *fauna* y *flora* yanquis: Chicago, Florida, Minneapolis, Wisconsin y Boston. De cabo a rabo, y con un humor tan fino como hiriente, vamos saboreando las ricas contradicciones del pueblo americano: la pudicia pública frente al exhibicionismo, no poco impúdico, de la intimidad bajo forma de los *garage sales* ("Estos rastrillos familiares me parecen una especie de psicoanálisis de lo material, un exorcismo de la memoria en el que en vez de recuerdos uno expone al público y vende los objetos que durante años fueron parte de una vida", p. 23); las rectilíneas avenidas de Chicago frente a las curvas sinuosas de su *abluseada* vida nocturna; el pretendido *glamour* floridiano frente a su cutrerío playero, ese que evoca, para nuestro particular cicerone, el recuerdo de Fernando Esteso, Gipsy Kings y hasta Azúcar Moreno… Desde esta perspectiva, *Barra americana* cabría ser definida como un libro de viajes, si entendemos que bajo dicho marbete cabe también la geografía de lo singular, de lo previamente no *visitado* –casi en su más primigenio sentido romántico–, al modo, con todas las diferencias que se quieran, de aquel precioso texto titulado *El Danubio*, de Claudio Magris. La cita –y *Barra americana* es una novela plagada de ellas– no es en absoluto arbitraria, por cuanto de Magris toma nuestro autor

la condición *despersonalizada* del (falso) relato autobiográfico o, por decirlo de manera más simple, la absoluta renuncia al *yo* como elemento estructurador de lo narrado, por mucho que se cuente desde dicha persona gramatical –recordemos, en este sentido, *Microcosmos* (1999), del propio Magris–. Soy *yo* quien cuento, soy *yo* incluso quien juzgo, pero *mi* relato y mi *opinión* son tan endebles como prescindibles, en un ejercicio de relativismo –del bueno, ese que poco o nada tiene de postmoderno– muy poco usual en la tan *yoísta* narrativa española contemporánea.

Tampoco es accesoria la utilización del adjetivo *postmoderno*, porque como tal podríamos definir una novela que acopia en su construcción materiales de muy diversa índole: citas extraídas de más de un centenar de textos, y no sólo de ficción, catálogo sociológico de los diversos tipos de poetas de nuestra era ("poeta *off side*", "poeta bucólico", "poeta *saturday night fever*", "poeta visceral"…), páginas de internet, extractos de enciclopedias, informaciones geográficas, canciones… Materiales de derribo que componen una armazón común, tan caótica como coherente, y que tiene condición de *modernidad* si también se la otorgamos a Mateo Alemán, aquel que escribiera en 1599 el *Guzmán de Alfarache* –primera novela picaresca con conciencia de tal– e incluyera, como García Rodríguez, un catálogo, aun cuando fuera de maleantes ("Arancel de necedades") – "picaresca *oblige*"–; o si se la damos al Camilo José Cela de *Oficio de tinieblas 5*, novela montada sobre elementos anárquicos; o también a ese Borges tan gustoso de usar, veces sin cuento, la *Enciclopedia Británica* como testimonio –"la sombra de Borges es alargada", p. 76–, aunque falseado, de autoridad, o si, en fin, concedemos condición moderna al Ray Loriga de *Héroes*, relato soportado sobre algunas de las letras más míticas de la música popular de los setenta.

Barra americana es también una particular *novela de campus*, género muy poco cultivado en la ficción narrativa en español. El ambiente universitario es tan solo un circunstante geográfico que sirve a Javier García Rodríguez –él mismo docente universitario–, a lo David Lodge, para desatar una mirada ácida respecto de la supuesta, pero escasa o, al menos, intermitente, trascendencia de la investigación. Y es también *Barra americana*, y por último –admito que son muchos los diálogos tejidos que dejo en el tintero–, un diario, con un *yo* disminuido –ya lo hemos dicho–que me recuerda, y mucho, a *La novela del siglo*, de José Carlos Llop, por cuanto las anécdotas que se suceden sin pausa, los saltos geográficos, ininterrumpidos

también, no son sino el telón de fondo para abordar una honda –y el adjetivo no es prescindible–reflexión sobre el hecho creativo, sobre el proceso de *nombrar* las cosas, sobre la magia del lenguaje, en definitiva. "Nombrar es existir; nombrar es convertirse en un pequeño dios omnipotente", dice Javier García Rodríguez, sabedor de que su *geografía* estadounidense, tan singular como errática, da forma a una nueva realidad y voz a unos nuevos seres, en puridad con la vida efímera que les otorga el lector y, en puridad también, acodados a la *barra* de esta miscelánea alcohólica y gozosa.

EMILIO PERAL VEGA
Universidad Complutense de Madrid